HUMANISMO CLASICO

Manuel Briceño Jáuregui, S.J.

RESUMEN

Frente al desarrollo del Siglo XX que ha convertido al hombre en técnica y a la técnica en hombre, el presente artículo pretende mostrar la necesidad de recuperar los valores del humanismo clásico como un medio para integrar el conjunto de las ciencias actuales en una perspectiva plenamente humana. El autor presenta en una rápida pero penetrante visión el desarrollo del humanismo clásico, desde la ruptura socrática que centró la reflexión teórica en los valores intelectuales y morales, hasta su máxima expresión, en el Renacimiento, cuando el humanismo se equipara al desarrollo pleno y libre del individuo. Partiendo de la concepción de la vida que legó la Grecia clásica, basada sobre dos pilares fundamentales: el racionalismo y la belleza, señala aquello que hace a los griegos dignos de nuestro tiempo: sus realizaciones intelectuales, científicas, filosóficas, estéticas y literarias. Es la ignorancia del verdadero contenido del humanismo clásico lo que determina su rechazo en nuestros días.

“El humanismo clásico —escribe un autor inglés— puede ser convicto de un crimen atroz: el de tener una larga historia”. Historia que, en sus líneas generales y en algunos de sus valores trataremos de exponer.

En 1808, ante la creciente demanda de la enseñanza secundaria que comenzaba a ser esencialmente técnica y científica, el educador alemán F.J. Niethammer usó por vez primera el término **humanismus** para señalar el valor formativo de los clásicos griegos y latinos. Cinco siglos antes, basados en la expresión y en la concepción que de la cultura tenían Cicerón, Aulo Geio y otros antiguos, se llamaron **humanidades (studia humanitatis, studia humaniora)** un conjunto de disciplinas de raigambre grecolatina —gramática, retórica, historia, poesía y ciertas formas de filosofía moral—. A finales del s. XV se creó la voz **humanista** (calcada sobre el modelo de **jurista, canonista, legista, artista**) para aludir al que se dedicaba a tales disciplinas. El término se empleó con profusión en el s.XVI. Durante el XIX y XX se ha venido usando con frecuencia para significar aspectos diferentes y concepciones variadas de la cultura y el hombre.

Nosotros nos limitaremos al **humanismo clásico**: que anhela acercar al hombre a un ideal arquetípico que se cree realizado en la antigüedad grecolatina. Y para ello el camino es la enseñanza de las humanidades. De manera que esta cultura literaria sería, desde el punto de vista pedagógico, la base de toda educación completa, dada su irradiación en el pensamiento del mundo moderno. Porque los viejos autores inspiran sentimientos elevados y dignos, y con ellos se formó culturalmente la juventud de otros tiempos. Estudios que, a la vez, son la base pedagógica de la célebre **Ratio Studiorum** de la Compañía de Jesús.

Cuando Sócrates, contemporáneo de Protágoras, abandonaba el estudio de la naturaleza física como medio de penetrar en los valores intelectuales y morales, a fin de poder llegar al hombre mismo, daba el primer ejemplo de una tradición humanística. Y Protágoras (s. V a.C) iniciaba el camino cuando afirmaba que “el hombre es la medida de todas las cosas, de las que son, en cuanto que lo son, y de las que no son, en cuanto que /aún/ no son”. Y en ese mismo siglo Platón era ya la flor de un humanismo que despertaba en plenitud.

Por otra parte, la esencia del ideal heroico de los helenos, reflejado en los poemas homéricos, era la convicción del valor intrínseco del hombre libre. Esto motivó un esfuerzo incansable para lograr la excelencia en cada campo de la actividad humana, sin detenerse ante los obstáculos que entorpecieron a otros pueblos antiguos.

Poco después, los griegos del período alejandrino fueron los primeros en considerar como clásico su glorioso pasado, y los romanos adoptaron ese punto de vista. Lo cual explica cómo se transmitió tal apreciación a Occidente, opinión que hasta el siglo pasado aceptó Europa sin vacilaciones, y con ella los corolarios consiguientes, es decir, que la función primaria del estudio de los antiguos es la de proporcionar una especie de subfondo para los talentos superiores, y que solo una nación soberana y culta podrá poseer indivi-

duos capaces de examinar cuanto los historiadores de Grecia no alcanzaron a vislumbrar después de la muerte de Demóstenes, el 322 a.c.

Porque Grecia no terminó ese año. Las realizaciones intelectuales y artísticas del período helenístico, su energía creadora, capacitó a los griegos para esparcir su cultura sobre todo el cercano Este, como demostración de vitalidad.

Precisamente la fusión de culturas que el empeño de helenizar pudo obtener, señala un viraje fantástico en la historia de la civilización, porque de esta amalgama emerge la civilización de Europa. Pero los contactos se habían iniciado desde los tiempos prehistóricos. Ya en el s. VII a. C. los mercaderes griegos mantenían relaciones comerciales con Egipto y Asia Menor, y durante el VI las costas de Siria y Palestina se poblaron de polis helénicas y de puertos. Algunos países asiáticos imitaron la moneda griega para los negocios, Judea misma recibió permiso de sus amos persas para acuñar monedas a imitación de los áticos. Naucratis y Dafne en Egipto fueron polis importantes y factor decisivo en la política exterior de Atenas. Mercenarios griegos prestaron su servicio en los ejércitos del rey Psammético II y Nabucodonosor; lo mismo aconteció en Palestina y varias regiones orientales. Uno de los fragmentos más antiguos escritos en griego fue grabado por un soldado heleno en la pierna de una estatua colosal de Egipto. Por una inscripción de Darío Histaspes de Persia sabemos que por los años de 500 a.C. fueron llevados a Susa, a trabajar en el palacio real, artesanos jonios, carios y lidios, todos griegos.

“En ese intercambio cultural la helenización de los bárbaros fue mucho más masiva que la barbarización de los helenos”. Solo que el punto de vista griego era aristocrático, y fue inevitable el desprecio por las razas inferiores. Más en la edad homérica, por lo menos, antes de que este ideal fuera heredado por la democracia ateniense, los héroes podían reconocer el valor excelso de sus iguales en otros pueblos.

El tiempo, sin embargo, y las catástrofes que entonces despedazaron el mundo, contribuyeron al olvido de aquellos genios singulares de Grecia, aun cuando Roma aportó también muchos valores. Más la decadencia moral, política y social del imperio romano era escandalosa cuando en Belén nacía el cristianismo.

Años adelante, Juliano el Apóstata, no logrando justificar entre los cristianos la admiración por los clásicos, se creyó con derecho de prohibírselos con base en su famoso dilema: “si estos autores dicen falsedades no podéis leerlos porque cometeríais pecado, si dicen verdad no tenéis derecho a aprovecharos de ella”. La resistencia de los cristianos contra el Apóstata era ya un humanismo incomprendido; la oposición de Juliano era ya un anti-humanismo agonístico.

Y llegaron las invasiones de los bárbaros, que rompieron el orden establecido. Desde el 410 de nuestra era, época del saqueo de Roma por los visigodos de Alarico hasta el reinado de Carlomagno (m. en 814), Europa occidental estuvo a punto de perder hasta el recuerdo de la literatura latina. Los testimonios del pasado grecorromano habían quedado dispersos en miles de manuscritos, inscripciones, monumentos y obras de arte que ya no podían interpretarse sin el estudio de los peritos. La civilización romana sobrevivía materialmente en cada ciudad, villa y aldea del imperio: más esto era para los habitantes "tan útil como un pedazo de carbón para un salvaje muerto de frío". El hombre de Occidente había comprendido muy poco el valor de su herencia intelectual.

Por otra parte, si el estudio de Homero había comenzado en Grecia en una época en que la poesía épica no era más que un glorioso recuerdo, en Roma las obras maestras de la literatura latina empezaron a comentarse cuando esta ya estaba en decadencia. A partir del s. I. d. C. Asconio y Probo comenzaron a comentar, el uno a Cicerón y el otro a los poetas augustanos. Entre los años 300 y 500 d. de C., cuando ya escaseaban las obras originales de algún valor, aparecieron Donato, Servio, Prisciano y muchos otros gramáticos, comentaristas y críticos.

En medio de la profunda perturbación de las invasiones decayó fatalmente la erudición clásica. Cuanto quedó de ese período de trastorno y ruinas se debió a la Iglesia Católica, único poder que sobrevivió a la catástrofe. San Benito (480-543) fundó una abadía modelo en Montecassino, cerca de Nápoles y, para evitar la ociosidad en la vida monástica, impuso el concepto del trabajo diario que, más tarde, por iniciativa de Casiodoro, se orientó al oficio mecánico de copiar manuscritos. Un aforismo del s. XII comprendía esta mentalidad: "Monasterio sin pergaminos es como castillo sin municiones". "Nosotros —añade el capítulo 28 de las *Costumbres Cartujanas*— queremos que los libros, que son el eterno alimento de nuestras almas, sean conservados con la mayor precaución y confeccionados con la máxima educación, a fin de que, no pudiendo predicar con los labios la palabra de Dios, la prediquemos con las manos". Otras abadías adoptaron la misma regla. Para ello prepararon una cámara o *scriptorium* de copistas, donde los monjes pasaban días, meses, años reproduciendo con esmero manuscritos latinos, en una época en que ya casi no podían comprenderlos.

Solo que en el s. VII se había descubierto por primera vez que la literatura latina tenía mucho que ofrecer. La práctica desaparición de las escuelas imperiales había logrado que ni el clero mismo fuera capaz de leer la biblia en latín. El abandono de los clásicos trajo consigo no tanto la aversión a leerlos cuanto la aversión a leer. Un poco más y la ignorancia hubiera hecho peligrar a la propia autoridad eclesiástica. En esas circunstancias, la necesidad apremiante del momento hizo que muchos maestros quisieran resucitar el gastado *curriculum* de la gramática latina, y volvieran a ponerlo en práctica.

Carlomagno (782-814) que sabía leer pero no escribir, comprendió la urgencia de crear escuelas. Para hallar maestros, sin embargo, hubo de acudir a Irlanda y Gran Bretaña, que eran entonces las comarcas donde la ciencia había subsistido en medio de la barbarie general. Bajo la dirección de Alcuino, el nuevo Ministro de Instrucción Pública de Carlo-

magno, se fundaron escuelas donde se debía enseñar el **trivium** y el **quadrivium** medievales; vale decir en el lenguaje de la época, la gramática, la lógica y la retórica por una parte y, por otra, la música, la aritmética, la geometría y la astronomía: todas las cuales se enlazaban en alguna manera con la teología.

Hasta entonces los escritores cristianos de la era patrística habían servido de modelos que imitar y de texto en las escuelas. Ahora se recordó a Virgilio, que se hizo popular; se estudiaron las reglas de sintaxis de Prisciano y de Donato; Suetonio inspiró la famosa **Vida de Carlomagno** de Einhard, y aún se prestó atención a las matemáticas, a la historia, a las ciencias naturales de los antiguos. Alcuino ya viejo se declaró contrario a la lectura de los poetas, aversión que se generalizó a toda la ciencia profana, y se fomentaron las interminables controversias entre los lógicos, que a la vez sirvieron para afinar las inteligencias.

A principios del s. IX la herencia clásica fue aceptada universalmente como instrumento estupendo para enseñar primero el idioma latino, vehículo oficial de comunicación de la Iglesia romana y medio ordinario de entendimiento entre los pueblos; luego el arte de escribir en dicha lengua y, por último, para transmitir la módica porción de conocimientos que el hombre carolingio creía necesitar.

Los siglos que siguieron a esa época valoraron los viejos escritos ante todo como fuente de conocimientos prácticos. Las obras de mayor autoridad que florecieron entonces persisten todavía: porque, hay que reconocerlo, hubo juristas y dialécticos lo mismo que expertos científicos, aún cuando las leyes y la filosofía antiguas no han sido superadas hoy en la manera como ha sido superada la medicina de aquellos tiempos. El especialista encuentra luz todavía en los filósofos griegos, y del **Digesto** sabe que es digno de serio estudio.

Un paso adelante se dió dos siglos después cuando vino un período de prosperidad material, que trajo consigo la demanda de información legal y médica, y cuando los teólogos descubrieron que, para resolver sus dificultades, era indispensable la dialéctica. Tras una nueva crisis de aprendizaje, el código de Justiniano, el **corpus** médico de Galeno e Hipócrates, y la filosofía de Aristóteles se constituyeron en objeto de agudo interés profesional, y por el mismo tiempo las cortes aristocráticas empezaron a cultivar "aque-llos deleites estéticos que por convención se consideran compañeros apropiados del lujo y del descanso". Los aduladores, en calidad de parásitos o de amigos cultos, convirtieron esos placeres en su preocupación fundamental, y para ello se consagraron unos a imitar los poemas seductores de Ovidio, otros a especializarse en lamentaciones elegíacas o en poesías eróticas a lo Tibulo y Propercio, o en cóleras satíricas al estilo de Juvenal. Con la vida floreciente de las ciudades y de las cortes la literatura clásica fue creciendo en la admiración pública como guía del placer y de la belleza.

Al humanismo del s. XII siguió el fervor de los filósofos y teólogos escolásticos, con doscientos años de consolidación y cien más de paulatina decadencia, en que los beneficios de la herencia clásica fueron temporalmente desdeñados.

Entretanto, los estudios griegos en el Este se habían casi olvidado: El desarrollo de la ciencia bizantina, su exploración del universo poético y personal del pasado vino cien años después (s.X) como el subproducto de un nacionalismo emergente. Venerando la literatura de Atenas por ser griega, la generación del bizantino Miguel Psellos, vestarca y secretario de estado, aceptaba todo autor antiguo con celo igual: pero su objetivo era preservarlos, no crear nada nuevo, y malbarató sus logros la locura misma bizantina de insistir en una lengua demasiado difícil de aprender por los occidentales.

Fue el momento cuando llegaron al Oeste los árabes, que habían conservado y perpetuado la cultura griega. El despertar de la sensibilidad cosmológica helénica, obra de los árabes, impulsará el pensamiento moderno. El Occidente adquirió entretanto el **Organon** de Aristóteles (c. 1150), casi todas las obras importantes de Averroes (c.1200), y los traductores e intérpretes de los trabajos griegos de medicina con los arabistas hebreos de la Escuela de Montpellier y de Salerno. Con ello se despertó el racionalismo científico y, por su incompatibilidad con la tradición latina, se opuso al humanismo del s. XII que, a su vez, dependía totalmente de los moralistas de Roma.

Así hemos llegado a un fenómeno complejo que tiene una fascinante historia: el Renacimiento. Es que la etapa final en el desarrollo de los estudios clásicos no se alcanzó sino después de la unión de la ciencia bizantina con la occidental en el s. XV.

La vida de las ciudades italianas estaba dominada en ese tiempo por la urgencia de la clase media emergente, y como el nuevo capitalismo necesitaba consolidar el dominio del medio ambiente material, dio gran importancia a los elementos de expresión y cálculo. Con esto, las inmensas riquezas acumuladas los llevaron a interesarse por las únicas posesiones que perduran, las del arte, cuyos últimos secretos descubrieron los intelectuales precisamente en la herencia clásica.

El Renacimiento reveló a un mundo atónito los valores que sostienen y alegran la vida del hombre, en la poesía, en la historia, en la especulación clásica. El humanismo se equiparó al desarrollo pleno y libre del individuo.

Por su parte, el humanismo renacentista que había amanecido en Italia a fines del s. XIII se fue desarrollando prodigiosamente. Se había originado, en cierto sentido, como consecuencia de la tradición de la enseñanza gramatical y de la retórica en las escuelas medievales. El énfasis se hizo en el estudio de la cultura griega y en la literatura grecolatina, más desde el punto de vista estético y literario que filosófico, lo cual será en adelante su elemento distintivo, su rasgo nuevo y diferenciador, favorecido tal vez por influjos bizantinos y franceses.

Las Humanidades no abarcaron el estudio de todas las artes liberales romanas, sino el **trivium** y el **quadrivium**. Sus temas básicos abarcaron el problema de la felicidad y de la dignidad humanas, la educación y el hombre concreto como centro del mundo, prescin-

diendo de su inclusión en abstractas categorías universales como lo habían hecho los filósofos de los siglos anteriores. Porque un rasgo común de todos ellos fue su oposición a la Escolástica, a la filosofía natural y a Aristóteles, conocido entonces de manera superficial.

Humanistas eran quienes conocían el latín clásico y el griego, y podían leerlos, y cuya actividad se centró en la recuperación, traducción y edición de textos antiguos, liberándolos de los estragos de la tradición del Medio Evo, purificándolos de interpolaciones, falsificaciones, deficiencias y errores en que, por incuria de los copistas, se habían transmitido esas obras. Todo ello suponía una vasta erudición con multitud de conocimientos históricos, mitológicos, geográficos, arqueológicos, lingüísticos, gramaticales, sintácticos, prosódicos, estéticos: de ahí que el humanismo fuera, ante todo, filológico, pero también crítico y pedagógico.

Ellos elaboraron una serie de métodos de crítica histórica —recurso a las fuentes, cotejo de recensiones, conjeturas por analogía, atención a las maneras lingüísticas, a la forma estética del latín, fijándose en la significación exacta de las palabras según el contexto, como instrumento lúcidamente adecuado a las necesidades ordinarias de la comunicación—. Si bien, el interés de los humanistas no fue solo de índole erudita, sino que también se preocupó por el desarrollo de la personalidad a partir de la experiencia. Ellos ampliaron en otros aspectos la herencia cultural de la antigüedad, la divulgaron, marcaron el acento en el ideal de la *eloquentia* y *elegantia* en el decir. Consideraron que la imitación de aquellos autores era el medio óptimo para lograr un estilo perfecto.

Pero esa misma admiración e investigación del pasado no les hizo olvidar las preocupaciones del presente, ni las circunstancias de su propio vivir, ni sus sentimientos e ideas personales, y las expresaron en una lengua que consideraban el “dechado del más alto grado de perfección”. Por eso reaccionaron contra la degeneración del latín de la baja escolástica y del vulgo.

Petrarca en Italia fue “el primer hombre moderno” y el primer representante del Renacimiento latino. El llamaba a Cicerón su padre y a Virgilio, su hermano. El ejemplo y autoridad de Petrarca determinaron un fuerte avance del ideario cultural humanístico, y fue a su vez seguido por muchos coterráneos que, durante el s. XV, ejercieron un influjo definitivo en la vida intelectual de esa Península.

Desde cuando Dante, Petrarca y Boccaccio crearon una literatura de primer orden, el estilo literario ofreció de nuevo sumo interés. Los grandes escritores se dedicaron con pasión a predicar el estudio de los antiguos maestros del estilo, y empezaron a buscar con intenso fervor los olvidados clásicos. Fue entonces cuando se descubrieron los tesoros que manuscritos permanecían encerrados en las bibliotecas monásticas y se estudiaron con entusiasmo. Muchísimos aparecieron en Montecasino y en Bobbio de Italia; igual cosa sucedía en Suiza, Alemania, Inglaterra, Francia, sobre todo en los monasterios benedictinos. Los Papas enviaron sin cesar sabios italianos que compraron, mendigaron, copiaron, tomaron en préstamo y aún robaron cuanto manuscrito pudieron hallar. Muchos de

estos, y muy antiguos, se perdieron o destruyeron más tarde, pero se había hecho copia de la mayor parte.

Mientras tanto, el movimiento humanista italiano tenía como centro principal a Florencia, a donde los eruditos neopaganos eran atraídos por la generosa esplendidez de Lorenzo el Magnífico. Otros centros, con matices peculiares, se constituyeron en la Cancillería Pontificia, en las Universidades y en las brillantes cortes italianas, donde florecieron hombres de la talla de Demetrio Calcóndilas, Gemisto Pleto, Alberti, Cavalcanti, Ficino, Pico de la Mirándola quien, a los 23 años de edad, defendía novecientas tesis acerca de todas las ciencias conocidas hasta la época —*de omni re scibili et aliquid amplius*— 'de todo lo que es posible conocer, y algo más'... Este mismo movimiento llegó a España y, con cierto retraso, a Francia, Alemania, Inglaterra y los Países Bajos.

Pero durante el Renacimiento fue en la erudición helénica donde los humanistas avanzaron de verdad sobre el Medio Evo, que prácticamente la ignoró pues casi nadie era capaz de leer los textos griegos en su brillante lengua original.

En realidad, desde la división del imperio romano (364) el conocimiento del griego había decaído con rapidez en Occidente. Muy escasos sabios lo conocían. El propio Petrarca no lo sabía y tuvo que contentarse con versiones latinas de Homero y Platón; Boccaccio se lamentaba de que los hombres instruidos de su época desconociesen hasta el alfabeto heleno. En cambio, en el imperio de Oriente, que subsistía aún, la literatura griega clásica era todavía conocida y estudiada, y la lengua hablada se parecía más al griego antiguo que los idiomas romances al latín.

Varios italianos se tomaron entonces el trabajo de ir a Constantinopla para aprender el griego. En 1396 el bizantino Manuel Crisoloras empezó a enseñar públicamente esa lengua, primero en Florencia y luego en París, inició el movimiento de traductores y forjó la primera generación de helenistas. Otras escuelas se establecieron en Venecia, Padua, Roma y algunas ciudades más. A partir de esas fechas, los humanistas italianos trajeron de Constantinopla gran número de manuscritos: Francesco Filelfo llegó con la *Ética a Nicómaco*, Nicolás de Cusa con las obras de san Juan Damasceno, Ambrosio Traversari con las *Obras Completas de Platón*, que facilitaron el resurgir del platonismo; el erudito siciliano Juan Aurispa trajo de Constantinopla, en un solo viaje, doscientos treinta y ocho manuscritos griegos, entre ellos el celeberrimo *Mediceo* que contiene las tragedias de Esquilo y Sófocles y el poema de Apolonio de Rodas; el cardenal Besarión, griego de nacimiento, reunió mayor número todavía y lo entregó a la biblioteca de san Marcos de Venecia.

Cuando Constantinopla fue tomada por los turcos (1453) muchos sabios griegos —entre ellos Constantino y Jano Láscaris, Juan de Creta y Musuro— se refugiaron en Italia trayendo consigo preciosos manuscritos, antiguos unos, copiados otros recientemente, que hallaron compradores enseguida.

La feliz invención de la imprenta (1450) contribuyó definitivamente a la publicación de textos, comentarios, gramáticas, traducciones de obras griegas, en especial en Venecia,

Florenia, Suiza, Alemania, Francia y Flandes. Las Universidades más alejadas de Italia siguieron el movimiento con cierta lentitud, de modo que únicamente en 1490 se introdujo el griego en Oxford y Cambridge.

Por toda Europa Septentrional se extendió el humanismo italiano y a ello contribuyó en gran manera el influjo de la Iglesia. Pero el siglo que señala el máximo florecimiento es el XVI. Su primera mitad se caracterizó por una preocupación ardiente de los problemas religiosos, filosóficos y educativos, motivados por la crisis espiritual que se despertó con el protestantismo.

Sería imposible mencionar aquí, sin cometer fragantes injusticias, siquiera algunos de los colosos más gallardos del humanismo literario europeo, además de los ya mencionados: Antonio de Nebrija, El Brocense, Arias Montano, Vitoria, Pérez de Oliva, Luis Vives, Manuel Alvarez, Valdés en España; Sannázaro, Belincioni, Mérula, Vida, Valla en Italia; Eramos en los Países Bajos; Linacre, Hudson, Chaucer, Fisher, Moro, Campion en Inglaterra; Von Stein, Wimpfeling, Reuchlin, Scaliger en Alemania; Guillaume Budé, Marot, Fichet des Périers en Francia, y cien más de talla descomunal en toda Europa.

Pero la historia del humanismo clásico, si no es en un puñado de Universidades que siguen aferradas a esos valores incansables, como Oxford, Leipzig, Harvard, La Sorbona..., se suspende temporalmente en nuestro siglo, cuando la técnica es el hombre y el hombre es la técnica...

Por eso, antes de terminar, permítansenos unas breves reflexiones.

Grecia clásica enseñó al mundo una visión de la vida, fundamentada en dos pilares: el racionalismo y la belleza. Los griegos solían "cuestionarse" —como dicen hoy— con frecuencia. Ellos —escribe Sir Richard Livingstone— "fueron los primeros en concebir la idea de la civilización y del desarrollo, basados en el esfuerzo humano y en el consentimiento progresivo". "Sus métodos —añade S. H. Bucher— pudieron ser deficientes, y a menudo absurdas sus conclusiones, pero poseyeron esa intrepidez de entendimiento que es la primera condición para ver de veras". Herodoto llamó historias, investigaciones o asuntos discutibles su relato de las guerras entre griegos y persas. Los médicos helenos no estuvieron nunca satisfechos con que vulgarmente se llamara 'enfermedad sagrada' a la epilepsia, que era producida —según la creencia popular— por la visita de uno de sus dioses: por eso los médicos siguieron inquiriendo. La vida de Sócrates fue un continuado proceso de interrogantes, como la de Platón, Aristóteles y tantos otros. Jenófanes de Colofón, fundador de la Escuela Eleática de filosofía, protestaba contra la conducta indigna que Homero y Hesíodo achacaban a los dioses. Los griegos poseyeron "esa divina increencia que también ha movido las montañas".

Junto con el racionalismo floreció en Grecia el ideal de la belleza. "Si se excava alrede-

dor de una muralla romana se hallarán objetos de interés, pero si se hace en cualquier lugar de Grecia se encontrarán objetos bellos", escribe J. Ferguson. Solo que la belleza no puede en este caso divorciarse del racionalismo. La de los griegos es una belleza de estructura más que ornamental, sabiendo que "el arte y la humanidad griegas son —según la expresión de Schlegel— la representación más perfecta, unitaria y armónica de la imagen humana".

Objetan, sin embargo, los escolarcas modernos que, para comprender el mundo heleno ha de contemplarse el cuadro entero, el irracionalismo y el racionalismo, la superstición radical y el humanismo, la corrupción de costumbres y la integridad, las chozas y la Acrópolis, la esclavitud y la libertad, los oprimidos y las fuerzas liberadoras.

—Es verdad, respondemos nosotros, pero no es esto lo que los hace dignos de estudio. Muchos en el mundo han sido supersticiosos, corrompidos, esclavos o procedido irracionalmente. Lo que hace a los griegos dignos de nuestro tiempo son sus realizaciones intelectuales, científicas, filosóficas, literarias, estéticas, cuyo centro de florecimiento fue Atenas.

Y si bien nos interesa una cultura que tanto contribuyó a la nuestra, más nos atrae el hecho de que no han perdido su valor original las investigaciones que en el pasado tuvieron éxito. A las cuales debe añadirse el hechizo de las ciencias sociales que son el rasgo típico de la visión moderna y que han cautivado a las generaciones de hoy; ciencias que tienen admirable aplicación en ese viejo mundo clásico: porque el mundo grecorromano cuya cultura conocemos mejor que ninguna otra en su más alto grado de civilización y en todos los aspectos de su vida, puede ilustrar también hoy al sociólogo y suministrarle —con las limitaciones obvias— información económica, demográfica, política, religiosa, médica, administrativa, jurídica, moral, filosófica, literaria, antropológica y social en mayor abundancia que otros pueblos. El interés de los estudios clásicos depende de la extensión con que esta herencia pueda iluminar las culturas emparentadas con ella. Es aquí donde la experiencia renacentista aparece más relevante.

Por otra parte, las lecciones que una literatura genial como la griega nos da acerca del misterio de la creación literaria son inagotables. Las letras son también interpretación de la experiencia, interpretación que a la vez transmite datos del intérprete. Los griegos nos entregaron un modelo de comportamiento civilizado, nos enseñaron que el estudio propio de la humanidad es el hombre, que el arte es antropocéntrico. La literatura ayudó a los individuos a comprenderse a sí mismos y a acomodarse a las exigencias del mundo; estaba informada por las corrientes sociales, políticas y filosóficas del día, y conscientemente buscó manejar la opinión en estas materias.

De Solón hasta Alejandro un ciudadano que viviera alejado de los intereses públicos era tachado de inútil. Los escritores de la época se consideraban a sí mismos como personas que desempeñaban una función pública particular. Y así los miraban los demás. Todos fueron reformadores o rebeldes, pero fundamentalmente fueron artistas. No escribieron piezas de museo, sino que su testimonio era el de una fase interesante en la

historia espiritual de la humanidad.

He aquí lo que los humanistas trataron de entender. Muchos de estos leyeron los clásicos con el objeto primario de penetrar en la concepción que de la vida tenían los antiguos. Pero el milagro griego tiene además el mérito de haber penetrado en las almas e impuesto sus valores en civilizaciones distintas de la propia, logrando con indiscutible rapidez implantar sus logros culturales de la más alta calidad. Y lo que afirmamos de los helenos se aplica, a su manera, a los romanos que fueron los transmisores de esta herencia.

Muchos, sin embargo, en nuestros días, ignorando esta historia que se ha vivido tanto tiempo, rechazan el humanismo clásico, o desdennan esas lenguas, arguyendo que el primer deber del educador moderno es preparar a los alumnos para las actividades futuras de la vida —la industria, el comercio, la administración de empresas, por ejemplo—. Por consiguiente las instituciones educativas deben poner todo el énfasis en las materias que los prepararán para un entrenamiento científico, tecnológico y profesional. Más, como no alcanza el tiempo para todo se deben sacrificar esas llamadas ciencias del hombre.

Sin querer desantender ese punto de vista muy real, respondemos nosotros que el humanismo integral no son solo las lenguas sabias —la griega y la latina—, ni es literatura y arte simplemente, ni teatro, ni elocuencia, ni filosofía, ni política, ni jurisprudencia, ni historia por separado, ni poesía, ni astronomía y matemáticas o medicina según se especializan hoy, sino todo el conjunto integrado desde el punto de vista humano, para complementarse unos con otros. Y para estas disciplinas el campo queda abierto..., pero faltan los maestros.

De modo que, para quienes rechazan el humanismo clásico como una de tantas anti-guallas venerables, sin apreciar sus valores, quisiera recordar —y con esto termino — aquellas palabras de Goethe cuando Friedrich von Schlegel, el célebre crítico alemán, publicó un desobligante comentario de Eurípides: "Si un crítico moderno como Schlegel —decía Goethe— cree que debe encontrar fallas en un griego tan grande, que lo intente, con tal que lo haga de rodillas"....